

ALEJO CARPENTIER

*Los pasos perdidos*¹

(Fragmento)

XII

(Viernes, 15 de junio)

Cuando llegamos a Puerto Anunciación –a la ciudad húmeda y siempre asediada por vegetaciones a las que se libraba, desde hacía centenares de años, una guerra sin ventajas – comprendí que habíamos dejado atrás las Tierras del Caballo para entrar en las Tierras del Perro. Ahí, detrás de los últimos tejados, se erguían los primeros árboles de la selva aún distante, sus avanzadas, sus centinelas sobrios, más obeliscos que árboles, todavía esparcidos, alejados unos de otros, sobre la vastedad fragosa del arcabuco enrevesado de las maniguas, cuya rastrea ferocidad borraba los senderos en una noche. Nada tenía que hacer el caballo en un mundo ya sin caminos. Y más allá de la verde masa que cerraba los rumbos del sur, las veredas y picas se hundían bajo un tal peso de ramas que no admitían el paso de un jinete. (...)

El lugar que llamaban posada, en Puerto Anunciación, era un antiguo cuartel de paredes resquebrajadas, cuyas habitaciones daban a un patio lleno de lodo donde se arrastraban grandes tortugas, presas allí en previsión de días de penuria. (...)

En una taberna cercana hallé al griego bebiendo enormemente en compañía de un hombrecito de cejas enmarañadas, a quien me presentó como el Adelantado, advirtiéndome que el perro amarillo que a su lado lamía cerveza en una jícara era un notable sujeto que atendía al nombre de Gavilán. Ahora, el minero celebraba la suerte que me ponía en relación, tan fácilmente, con un individuo muy poco visible en Puerto Anunciación. Cubriendo territorios inmensos –me explicaba– encerrando montañas, abismos, tesoros, pueblos errantes, vestigios de civilizaciones desaparecidas, la selva era sin embargo, un mundo compacto, entero, que alimentaba su fauna y sus hombres, modelaba sus propias nubes, armaba sus meteoros, elaboraba sus lluvias: nación escondida, mapa en clave, vasto país vegetal de muy pocas puertas. “Algo así como el Arca de Noé, donde cupieron todos los animales de la tierra, pero sólo tenía una puerta pequeña”, acotó el hombrecillo.

Para penetrar en ese mundo, el Adelantado había tenido que conseguirse las llaves de secretas entradas: sólo él conocía cierto paso entre dos troncos, único en cincuenta leguas, que conducía a una angosta escalinata de lajas por la que podía descenderse al vasto misterio de los barroquismos telúricos. Sólo él sabía dónde estaba la pasarela de bejucos que permitía andar por debajo de la cascada, la poterna de hojarasca, el paso por la caverna de los petroglifos, la ensenada oculta que conducía a los corredores practicables. Él descifraba el código de las ramas dobladas, de las incisiones en las cortezas, de la rama-no-

caída-sino-colocada. Desaparecía durante muchos meses, y cuando menos se lo recordaba, surgía por un boquete abierto en la muralla vegetal, trayendo cosas.

Era, alguna vez, un cargamento de mariposas, o pieles de lagartos, sacos llenos de plumas de garza, pájaros vivos que silbaban de extraña manera, o piezas de alfarería antropomorfa, enseres líticos, cesterías raras, que podían interesar a algún forastero. Cierta vez había reaparecido, tras una larga ausencia, seguido por veinte indios que traían orquídeas. El nombre de Gavilán se debía a la habilidad del perro para agarrar aves que llevaba al amo sin arrancarles una pluma, a fin de ver si presentaban algún interés para el negocio común.

Aprovechando que el Adelantado, llamado desde la calle, se separara de nosotros para saludar al Pescador de Toninas, que andaba de diligencias con alguno de sus cuarenta y dos hijos naturales, el griego, hablando ligero, me dijo que según la opinión general, el extraordinario personaje había dado, en sus andanzas, con un prodigioso yacimiento de oro, cuyo arrumbamiento, desde luego, tenía un gran secreto.

Nadie se explicaba por qué, cuando aparecía con cargadores, éstos regresaban enseguida con más fardaje que el requerido por el sustento de pocos hombres, llevando además algún verraco de cría, telas, peines, azúcar y otras cosas de escasa utilidad para quien navega por caños remotos. Esquivaba las preguntas de cuantos lo interrogaban al respecto y volvía a meter a sus indios en la maleza, a gritos, sin dejarlos vagar por la población.

Se decía que debía estar explotando una veta con ayuda de gente perseguida por la justicia, o que se valía de cautivos comprados a una tribu guerrera, o que se había hecho rey de un palenque de negros huidos al monte hacía trescientos años y que, afirmaban algunos, tenían un pueblo defendido por estacadas, donde siempre retumbaba un trueno de tambores.

¹ En Alejo Carpentier (1985) *Los pasos perdidos* (Madrid: Cátedra). Primera edición, 1953.